

La poesía es un oficio

(Capítulo 11 del libro «CONFIESO QUE HE VIVIDO» de Pablo Neruda)

Fragmento V LA ORIGINALIDAD

Yo no creo en la originalidad. Es un fetiche más, creado en nuestra época de vertiginoso derrumbe. Creo en la personalidad a través de cualquier lenguaje, de cualquier forma, de cualquier sentido de la creación artística. Pero la originalidad delirante es una invención moderna y una engañifa electoral. Hay quienes quieren hacer elegir Primer Poeta, de su país, de su lengua o del mundo. Entonces corren en busca de electores. Insultan a los que creen con posibilidades de disputarles el cetro, y de ese modo la poesía se transforma en una mascarada.

Sin embargo, es esencial conservar la dirección interior, mantener el control del crecimiento que la naturaleza, la cultura y la vida social aportan para desarrollar las excelencias del poeta.

En los tiempos antiguos, los más nobles y rigurosos poetas, como Quevedo por ejemplo, escribieron poemas con esta advertencia: "Imitación de Horacio", "Imitación de Ovidio", "Imitación de Licreco".

Por mi parte, conservo mi tono propio que se fue robusteciendo por su propia naturaleza, como crecen todas las cosas vivas. Es indudable que las emociones forman parte principal de mis primeros libros, y ¡Ay del poeta que no responde con su canto a los tiernos o furiosos llamados del corazón! Sin embargo, después de cuarenta años de experiencia, creo que la obra poética puede llegar a un dominio más substancial de las emociones. Creo en la espontaneidad dirigida. Para esto se necesitan reservas que deben estar siempre a disposición del poeta, digamos en su bolsillo, para cualquier emergencia. En primer término la reserva de observaciones formales, virtuales, de palabra, sonidos o figuras, esas que pasan cerca de uno como abejas. Hay que cazarlas de inmediato y guardarlas en la faltriquera. Yo soy muy perezoso en este sentido, pero sé que estoy dando un buen consejo. Majakovski tenía una libretita y acudía incesantemente a ella. Existe también la reserva de emociones. ¿Cómo se guardan éstas? Teniendo conciencia de ellas cuando se producen. Luego, frente al papel, recordaremos esa conciencia nuestra, más vivamente que la emoción misma.

En buena parte de mi obra he querido probar que el poeta puede escribir sobre lo que se le indique, sobre aquello que sea necesario para una colectividad humana. Casi todas las grandes obras de la antigüedad fueron hechas sobre la base de estrictas peticiones. Las Geórgicas son la propaganda de los cultivos en el agro romano. Un poeta puede escribir para una universidad o un sindicato, para los gremios y los oficios. Nunca se perdió la libertad con eso. La inspiración mágica y la comunicación del poeta con Dios son invenciones interesadas. En los momentos de mayor trance creador, el producto puede ser parcialmente ajeno, influido por lecturas y presiones exteriores.

De pronto interrumpo estas consideraciones un tanto teóricas y me pongo a recordar la vida literaria de mis años mozos. Pintores y escritores se agitaban sordamente. Había un lirismo otoñal en la pintura y en la poesía. Cada uno trataba de ser más anárquico, más disolvente, más desordenado. La vida social chilena se comovía profundamente. Alessandri pronunciaba discursos subversivos. En las pampas salitreras se organizaban los obreros que crearían el movimiento popular más importante del continente. Eran los sacrosantos días de lucha. Carlos Vicuña, Juan Gandulfo. Yo me sumé de inmediato a la ideología anarcosindicalista estudiantil. Mi libro favorito era el Sacha Yegulev, de Andreiev. Otros leían las novelas pornográficas de Arzavachev y le atribuían consecuencias ideológicas, exactamente como sucede hoy con la pornografía existencialista. Los intelectuales se refugiaban en las cantinas. El viejo vino hacia brillar la miseria que relucía como oro hasta la mañana siguiente. Juan Egaña, poeta extraordinariamente dotado, se quebrantaba hasta la tumba. Se contaba que, al heredar una fortuna, dejó todos los billetes sobre una mesa, en una casa abandonada.

Los cotertullos que dormían de día, salían de noche a buscar vino en barriles. Sin embargo, ese rayo lunar de la poesía de Juan Egaña es un estreñecimiento desconocido de nuestra "selva lírica". Éste era el título romántico de la gran antología modernista de Molina Núñez y O. Segura Castro. Es un libro plenario, lleno de grandeza y de generosidad. Es la Suma Poética de una época confusa, signada por inmensos vacíos y por un esplendor purísimo. La personalidad que más me impresionó fue el dictador de la joven literatura. Ya nadie lo recuerda. Se llamaba Alirro Oyarzún. Era un demacrado baudelairiano, un decadente lleno de calidades, un Barba-Jacob de Chile, atormentado, cadavérico, hermoso y lunático. Hablaba con voz cavernosa desde su alta estatura. Él inventó esa manera jeroglífica de proponer los problemas estéticos, tan peculiar en cierta parte de nuestro mundo literario. Elevaba la voz; su frente parecía una cúpula amarillita del templo de la inteligencia. Decía por ejemplo: "Lo circular del círculo", "lo dionisíaco de Dionysos", "lo oscuro de los oscuros".



Pero Alirro Oyarzún no era ningún tonto. Resumía en sí lo paradisíaco y lo infernal de una cultura. Era un cosmopolita que por teorizar fue matando su esencia. Dicen que por ganar una apuesta escribió su único poema, y no comprendo por qué ese poema no figura en todas las antologías de la poesía chilena.

BOTELLAS Y MASCARONES

Ya se acerca la Navidad. Cada Navidad que pasa nos acerca al año 2000. Para esa alegría futura, para esa paz de mañana, para esa justicia universal, para esas campanas del año 2000 hemos luchado y cantado los poetas de este tiempo.

Allá por los años 30, Sócrates Aguirre, aquel hombre sutil y excelente que fue mi jefe en el consulado de Buenos Aires, me pidió un 24 de diciembre que yo hiciera de San Nicolás o Viejo Pascuero en su casa. He hecho muchas cosas mal en mi vida, pero nada quedó tan mal hecho como ese Viejo Pascuero. Se me caían los algodones del bigote y me equivoqué muchísimo en la distribución de los juguetes. Y cómo disfrazar mi voz, que la naturaleza del sur de Chile me la convirtió en gangosa, nasal e Inconfundible, desde mi más tierna edad? Recurrí a un truco: me dirigí a los niños en el idioma inglés, pero los niños me clavaban varios pares de ojos negros y azules y mostraban más desconfianza de la que conviene a una infancia bien educada.

Quién iba a decirme que entre aquellos niños estaba la que iba a ser una de mis predilectas amigas, escritora notable y autora de una de mis mejores biografías? Hablo de Margarita Aguirre.

En mi casa he reunido juguetes pequeños y grandes, sin los cuales no podría vivir. El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta. He edificado mi casa también como un juguete y juego en ella de la mañana a la noche.

Son mis propios juguetes. Los he juntado a través de toda mi vida con el científico propósito de entretenerme solo. Los describiré para los niños pequeños y los de todas las edades.

Tengo un barco velero dentro de una botella. Para decir la verdad tengo más de uno. Es una verdadera flota. Tienen sus nombres escritos, sus palos, sus velas, sus proas y sus anclas. Algunos vienen de lejos, de otros mares, minúsculos. Uno de los más bellos me lo mandaron de España, en pago de derechos de autor de un libro de mis odas. En lo alto, en el palo mayor, está nuestra bandera con su solitaria y pequeña estrella. Pero, casi todos los otros, son hechos por el señor Carlos Hollander. El señor Hollander es un viejo famoso y majetuoso que venían de Hamburgo, de Salem, o de la costa bretona a cargar salitre o a cazar ballenas por los mares del sur.

Cuando desciendo el largo camino de Chile para encontrar en Coronel al viejo marino, entre el olor a carbón y lluvia de la ciudad sureña, entro en verdad en el más pequeño astillero del mundo. En la salita, en el comedor, en la cocina, en el jardín, se acumulan y se ordenan los elementos que se meterán en las claras botellas de las que el pisco se ha ido. Don Carlos toca con su silbato mágico proas y velas, trinquetes y gabias. Hasta el humo más pequeño del puerto pasa por sus manos y se convierte en una creación, en un nuevo barco embotellado, fresco y radiante, dispuesto para el mar quitérico.

En mi colección descuellan, entre los otros barcos comprados en Amberes o Marsella, los que salieron de las modestas manos del navegante de Coronel. Porque no sólo les dio la vida, sino que los ilustró con su sabiduría, pegándoles una etiqueta que cuenta el nombre y el número de las proezas del modelo, los viajes que sostuvo contra viento y marea, las mercaderías que distribuyó parpadeando por el Pacífico con sus velámenes que ya no veremos más.

Yo tengo embotellados barcos tan famosos como la poderosa Potosí y la magna Prusia, de Hamburgo, que naufragó en el Canal de la Mancha en 1910. El maestro Hollander me deleitó también haciendo para mí dos versiones de la María Celeste que desde 1882 se convirtió en estrella, en misterio de los misterios.

No estoy dispuesto a revelar el secreto navegatorio que vive en su propia transparencia. Se trata de cómo entraron los minúsculos barcos en sus tiernas botellas. Yo engañosamente, con el objeto de mufificar, describí minuciosamente en una oda el dilatado y mínimo trabajo de los misteriosos constructores y conté cómo entraban y salían de las botellas marineras. Pero el secreto continúa en pie.

**PABLO NERUDA. (1904-1973).
Poeta chileno. Premio Nóbel
de Literatura-1971**